

tían sin embargo, la oposicion era bastante poderosa para obligar al Ejecutivo á remitirlos, y de todas maneras serían analizados por el Senado.

Al pie de este tratado estaban las firmas de los Señores Ocampo y Mac Lane, únicos que lo suscribieron; aun cuando hemos buscado con diligencia el *proemium* de él, no lo hemos encontrado, y sólo lo tiene el original que se conserva en la Secretaría de Relaciones. Las copias que hay impresas, ni siquiera tienen la fecha de su celebracion, 1º de Diciembre de 1859.

Nos hemos detenido tanto en examinar artículo por artículo, y hasta frase por frase, del tratado Mac Lane-Ocampo, aun á riesgo de fastidiar á nuestros lectores, porque el objeto principal que nos propusimos al emprender este estudio fué el de analizar ese documento, que aunque todo el mundo lo conoce de nombre, hasta hoy había sido poco analizado; y además, el de procurar demostrar todo lo que de malo tenía para México, bajo el aspecto político, administrativo y económico.

La parte histórica anterior y la que va á seguir, aunque muy interesante, ha sido incidental para nosotros, y encaminada á dar á conocer los sucesos que motivaron la celebracion de ese pacto

Terminado, pues, el análisis del tratado, volvemos al campo más llano y entretenido de la historia para dar cuenta de las peripecias que sufrió ese tratado en el Senado norteamericano y de las protestas á que dió margen hasta ser desechado enteramente.

Esperamos, pues, que los lectores perdonen lo largo del estudio que hemos emprendido, y las digresiones á que nos entregamos, en vista de la importancia del documento que le dió origen.

XXVII

El tratado quedó firmado el día primero de Diciembre de 1859 y desde luego se trató de que la ratificacion se hiciese á la mayor brevedad, á cuyo efecto, el secretario de Mac Lane, Mr. La Rerie se embarcó en el vapor de guerra norteamericano «Brooklyn» el día 15 del mismo mes con rumbo á Nueva Orleans. Entre tanto LA REFORMA, periódico que se publicaba en Veracruz, dió á conocer un extracto del tratado que desde luego causó profunda alarma en todo el país; ese extracto, bastante bien hecho, daba á conocer la magnitud de las onerosas obligaciones que se imponían á México. El GUILLERMO TELL, por su parte, se empeñó en probar que el tratado era bueno y ventajoso.

Donde primero se hizo sentir el disgusto que causó la conclusion de ese pacto fué en el mismo Veracruz: Don Juan Antonio de la Fuente no quiso figurar en el Ministerio que había llevado á cabo la celebracion de él y se separó, quedando el Gabinete de Juárez constituido de esta manera:

Relaciones. D. Melchor Ocampo.

Gobernacion. D. Ignacio de la Llave.

Justicia. D. Manue Ruiz.

Hacienda. D. Miguel Lerdo de Tejada.

Fomento. Empáran.

Guerra. Gral. Partearroyo.

Como se vé, en ese Ministerio tenían cabida todos los partidos en que á la sazón estaban divididos los liberales, y nadie extrañó que Lerdo y Empáran tuvieran carteras cuando habían logrado imponerse obligando á Juárez y Ocampo á aceptar el tratado; en cambio causó sorpresa que enemigos de él como Ruíz y Partearroyo consintiesen en entrar al Ministerio: en cuanto á Llave era un término medio entre juaristas y lerdistas y tan pronto se oponía á la intervencion de los Estados Unidos como estaba por ella, como lo acreditó en la accion de Anton Lizardo, á la que concurrió en un buque norteamericano y resultó herido.

La guardia nacional de Veracruz empezó á dar muestras asimismo de descontento; el mayor D. Francisco Millan, el capitán Uriarte, los oficiales Arrillaga, Canal, Suárez y otros, en número de doce, se separaron del servicio, pues no querían la intervencion ni el auxilio yankees y muchos de ellos se habían batido cuando el bombardeo de 1847.

Además, circuló en el puerto la noticia de que el Gobierno de México iba á expedir un decreto poniendo fuera de la ley á los militares que continuaran al servicio de Juárez, y mandando que fueran marcados en el carrillo derecho con una T, que significaba *Traidor*. Aparecieron muchos pas

quines en las calles de Veracruz, protestando contra el tratado é insultando á los Estados Unidos, á Mac Lane, á Juárez, etc.

Las presentaciones de constitucionalistas á las autoridades conservadoras se verificaron en gran número, principalmente por el rumbo de Veracruz, donde mandaba en jefe D. Manuel Robles Pezuela: en Huatusco, una fuerza liberal, al tener noticia del tratado se disolvió completamente, abandonando sus armas y municiones, y dando aviso de la disolucion al General Negrete, jefe conservador que guarnecía la línea de Jalapa y Orizaba y que estaba á las órdenes inmediatas de Robles Pezuela.

En vista del descontento que reinaba en el puerto y de los rumores que corrían y hacían augurar un movimiento antijuarista, el General Robles ordenó á Negrete, que estaba en Orizaba, que tuviese sus fuerzas listas para marchar sobre Veracruz al primer aviso que tuviese de movimiento en la plaza, á fin de auxiliar á los disidentes: este último jefe con motivo de esa orden expidió una proclama á sus subordinados, llamando traidores á los autores del tratado y á los que lo defendiesen, siendo de advertir que fué el primer individuo que protestó contra aquel pacto, y que su proclama tiene la misma fecha—17 de Diciembre—que la protesta que dirigió el Sr. Muñoz Ledo, Ministro de Relaciones de Miramon á Mr. Cass, Secretario de Estado en Washington.

Si en aquellos días de Diciembre hubiera salido

alguna fuerza de México sobre Veracruz, con mucha facilidad se apoderaba del puerto, pues el descontento que reinaba en la plaza habría determinado un movimiento que hubiera abierto las puertas de ella á los conservadores (1) y puesto en fuga al directorio liberal que no las tenía todas consigo y que aún estaba prevenido para ese evento pues comprendía perfectamente que sólo podía esperar auxilio de parte de los buques norteamericanos fondeados en la bahía, porque las fuerzas liberales estaban desorganizadas despues de la acción de la Estancia de las Vacas, y Vidaurri se mantenía en el Norte, casi neutral y atento á los movimientos del ejército yankee que empezaba á reconcentrarse en Texas con pretexto de las invasiones de Cortina, que ya no se limitaban á los condados del Río Grande, sino que iban extendiéndose al interior de aquel Estado.

Pero Miramon, que era el único que podía organizar la expedición sobre Veracruz, se hallaba en Occidente en la campaña de Colima, cuya plaza cayó en su poder el 24 de Diciembre de 1859, y las fuerzas de Robles no eran suficientes para emprender operación tan importante y, que de llevarse á feliz término, habría dado un golpe mortal á la revolución.

Sin embargo, desde ese momento se pensó más seriamente en el segundo asedio de Veracruz, aun-

(1) Todos los días corrían rumores de pronunciamiento de la guarnición de Veracruz y aun el general Iglesias, comandante de la plaza, tomó algunas medidas que demostraban que estos rumores tenían alguna base.

que los preparativos eran largos y costosos; entre tanto el señor Muñoz Ledo, Ministro de Relaciones del gobierno establecido en México, protestaba según hemos dicho, contra el tratado Mac Lane-Ocampo, en una nota de la que merecen reproducirse algunos párrafos:

"Los sucesos de la República Mexicana y la guerra obstinada y sangrienta en que se halla envuelta hace cinco años, son bien conocidos de los gobiernos extranjeros, y deben serlo muy especialmente de los Estados Unidos. Deseosos todos de un término feliz que haga cesar el derramamiento de sangre y restablezca la paz, el gobierno del infrascrito no puede creer que el de los Estados Unidos sea el único que promueva en el país nuevas complicaciones, ni mucho ménos que se libsonjee de sus desastres é infortunios por procurarse ventajas, que ni honrarían su nombre, ni podrían obtenerse sino á costa de grandes sacrificios, engendrándose y exacerbándose cada día más una mutua aversión entre ámbos países.

«S. E. el señor Secretario de Estado de los Estados Unidos, advertirá desde luego que el infrascrito se contrae al tratado que según los informes que tiene, se ha ajustado en Veracruz entre el señor Mac Lane y el Ministro de Relaciones del señor Juárez. Si no se ha firmado, si no es cierto que esté para firmarse, no cabe duda ninguna de que se intenta con empeño y aun con calor concluirlo, y que se contrae á concesiones de territorio, á vías de tránsito para ciudadanos y tropas de los

Estados Unidos. Las primeras impresiones que ha causado un suceso semejante, han sido y son tan profundas que ni el gobierno de esta República, ni el de los Estados Unidos podrían cerrar los ojos sobre sus consecuencias, sin contraer ante Dios y ante el mundo una gran responsabilidad.

«El señor Secretario de Estado de los Estados Unidos recordará, que instalado el gobierno del infrascrito en Enero del año próximo pasado, fué reconocido espontáneamente por el señor Juan Forsyth, Ministro de los Estados Unidos y que el de México, General Robles, fué recibido en Washington por el Presidente en una audiencia pública para que presentase la carta autógrafa del general que ejercía entonces en México el poder ejecutivo: que el señor Forsyth presentó en Marzo siguiente á esta Secretaría unas bases de tratado para una nueva demarcacion de límites entre las dos Repúblicas, que importaba una pérdida muy considerable del territorio mexicano y otros arreglos tambien muy importantes: que la contestacion que se le dió por este departamento, fué que la propuesta no convenía á México, ni por lo que tocaba á su honor, ni en cuanto á sus intereses bien entendidos: que no había tampoco un congreso nacional, único que podría autorizar y aprobar una negociacion de aquella gravedad; y por último, que un asunto de esa naturaleza iba á encender más la guerra intestina en circunstancias en que la paz era el principal objeto á que se dirigía el gobierno de la República. El señor

Forsyth desde entónces se declaró en abierta hostilidad contra éste, favoreció cuanto pudo á los enemigos que lo combatían, interrumpió, sin esperar instrucciones de Washington, y sin causa alguna fundada, las relaciones existentes entre los dos países, y no salió de la República sino cuando cansado de tanto esfuerzo estéril para derribar al mismo gobierno que había reconocido, perdió toda esperanza de que se realizaran sus deseos.

“La misma prensa de los Estados Unidos ha calificado ya su conducta, y el infrascrito no haría mencion de ella si tales antecedentes no imprimieran un sello tan desfavorable y deshonoroso á la negociacion que se sigue ó se ha concluido en Veracruz. El Gobierno de los Estados Unidos tuvo á bien reconocer despues el establecido en aquel puerto, fundándose en el número de departamentos que le obedecían. Cuando lo fué el actual apénas acababa de establecerse en el Palacio Nacional.”

Despues de examinar la gravedad de la cuestion que se ventilaba en el pais y de negar al Gobierno de Veracruz personalidad para aprobar el tratado sin el concurso del Congreso, exponiendo razones que no repetiremos por haberlas aducido en anteriores artículos, continuaba la nota en estos términos:

«¿Qué sería de un país que tuviera que pasar por lo que hicieron algunos hombres que representan un bando ó partido en circunstancias semejantes á aquellas en que se encuentra el Gobierno

de Veracruz? Un corto período de guerra civil podría acabar ó poner en el mayor peligro su territorio é independencia. El Gobierno, pues, de Veracruz, al aprobar el tratado, se ha arrogado títulos y facultades que no tiene por la misma carta que invoca, y si llegara á triunfar, sus partidarios para establecer un orden cualquiera, le harían expiar con un castigo ejemplar tamaño atentado contra la soberanía nacional.

«Al infrascrito no le toca señalar cuáles son los deberes del Gobierno de los Estados Unidos cuando se trata de un país vecino, agobiado por la desgracia y digno sin embargo por lo que ha sido y puede ser todavía, de la estimacion y consideraciones de todos los pueblos, pero no puede prescindir de manifestar que un tratado arrancado á un partido vencido que busca en la ruina de la misma patria los medios de defensa, dejaría en un conflicto permanente á los dos países. Al Gobierno de los Estados Unidos corresponde pues pesar en los consejos de su política, las dificultades é inconvenientes de una complicacion tan funesta y de consecuencias tan lamentables, y al de México enunciarlas con franqueza y sinceridad, para que en ningun tiempo se le pueda hacer cargo de que no cumplió fielmente con la primera de sus obligaciones. Con esta misma lealtad protesta el infrascrito contra el tratado de Veracruz, á nombre no sólo de su Gobierno, sino de la Nacion toda, conmovida profundamente. El infrascrito espera que no se ratificará en Washington el tratado, si

se ha ajustado ya, pero si no fuera así, México acepta con confianza la posicion en que va á colocarlo la Providencia, sin envidiar en nada la de los Estados Unidos.»

Esta nota digna, mesurada y fundada del Sr. Muñoz Ledo, fué enviada á Washington, y aunque la recibió Mr. Cass, Secretario de Estado, se abstuvo de contestarla, y una de las razones que creemos tuvo para guardar silencio aquel funcionario, fué la de que era difícil salir airoso en la contestacion, pues los argumentos del Ministro de Miramon no tenían réplica. Sin embargo, si no en el Gabinete de Buchanan, por lo ménos en el Senado de los Estados Unidos produjo su efecto, cuando á este cuerpo se le pasaron los antecedentes del tratado de Veracruz

XXVIII

Cuando en el país empezó á conocerse el tratado, las protestas de autoridades, corporaciones é individuos se multiplicaron rápidamente: la primera autoridad que protestó contra él fué el Ayuntamiento de México, con fecha 28 de Diciembre; siguiéronle los gobernadores de los Departamentos, los Ayuntamientos, los cuerpos del ejército y otras diversas corporaciones de Puebla, Tepic, San Miguel de Allende, Celaya, territorio de Iturbide, Toluca, Guadalajara, Tehuacan, Guanajuato, ect.

La más notable de estas protestas, tanto por

por provenir del campo liberal, fué la que haciéndose eco de la sociedad sonoreña publicó un periódico de Sonora, (1) Estado donde imperaba el general constitucional D. Ignacio Pesqueira. Bajo el título de "Exigencias de la época" decía: "Que no se piense jamás en arreglos ó tratados que de algun modo comprometan la integridad del territorio nacional, ó en los cuales se comprenda la venta ó cesion de alguna parte de terrenos bajo ningun pretexto;" y más adelante agregaba:

"Necesidad de enviar un comisionado á Veracruz.—Además de las exigencias generales que dejamos enunciadas, es de todo punto conveniente al Estado de Sonora mandar un comisionado á Veracruz con dos objetos especiales. Sea el primero: informar justificadamente al Exmo. Sr. Presidente Constitucional sobre los procedimientos de Mr. Carlos P. Stone, jefe de la comision de deslinde, á fin de que S. E. se ponga en guardia en cuanto á las pretensiones de este sujeto, pues si bien es cierto que se han remitido algunos antecedentes, el silencio que el Sr. Juárez ha guardado sobre este asunto nos hace creer que la correspondencia no llegó á su destino. Sea el segundo: *protestar contra cualquier convenio que ataque los derechos del Estado ó ponga en peligro la integridad de su territorio.* Cuando la

[1] Por más diligencias que hemos hecho, no hemos podido averiguar el nombre del periódico, pues aun cuando escribimos á Hermosillo y Guaymas pidiendo una lista de los que se publicaban en esas localidades en 1859, no se pudo formar por falta de datos.

prensa misma de los Estados Unidos está manifestando ese peligro y nos descubre que la verdadera intencion del Gobierno americano es la de americanizar á México, preciso es convenir en que hay coincidencias que no deben echarse en olvido. No es nuestro ánimo perturbar la armonía que existe entre ámbos gobiernos; pero son ya tan claras las manifestaciones de la prensa en ese sentido, que sería imposible dejar de abrigar fuertes sospechas contra la política de los Estados Unidos con respeto á Sonora. En ese concepto nos es permitido desconfiar de las buenas intenciones del gobierno americano."

LE TRAIT D' UNION, periódico que había ido á fundar nuevamente en Veracruz el conocido periodista francés Renato Masson, aunque era decidido liberal no se atrevió á defender el tratado y aun llegó á negar que el extracto de él que publicó LA REFORMA fuese exacto; pero cuando por la prensa norteamericana se convenció de la exactitud de él, no atreviéndose por una parte á malquistarse con los constitucionalistas, y no queriendo por otra, defender lo que estaba en pugna con sus convicciones, prefirió guardar un absoluto silencio.

Lo dicho en el capítulo anterior y estas ligeras reminiscencias demuestran que aun entre los liberales el tratado fué muy mal recibido y que todos creían que si lo ratificaba el Senado de los Estados Unidos, el resultado sería una guerra con aquel país; anunciándola casi está la proclama

que dirigió el General Miramon á la Nacion, desde Guadalajara el 1° de Enero de 1860, á su vuelta de la campaña de Colima y la del General Diaz de la Vega, Gobernador del Distrito Federal ó Departamento de México.

A esa opinion arraigada se debió que en la funcion celebrada en el gran Teatro Nacional la noche del 7 de Enero, para solemnizar la llegada de Miramon, fuese tan aplaudida la siguiente estrofa del himno que para aquella solemnidad compuso el poeta D. Francisco González de Bocanegra:

"¡Miramon! de la patria doliente
Eres tú la esperanza, tan bella
Como luz que apacible destella
Anunciando feliz porvenir.

Si mañana el clarin nos convoca
A la lid contra extraño enemigo,
A tu ejemplo juremos contigo
En la lucha vencer ó morir."

Esos rumores de guerra se extendieron más, al conocerse en México los términos del mensaje que el Presidente Buchanan pronunció ante el Senado el 1° de Diciembre de 1859, día en que debieron abrir sus sesiones las Cámaras de los Estados Unidos y en que inauguró sus trabajos la de Senadores, pues la de Diputados se reunió algunos días despues. En este mensaje, Buchanan pedía la *inmediata* sanción de una ley que le permitiese disponer del ejército norteamericano para *intervenir* á México, con el que estaba, decía, aunque nominalmente en paz, en realidad en estado de

guerra por las vejaciones sin número de que eran víctimas los ciudadanos norteamericanos. Además recomendaba esa medida como el único medio eficaz de hacer triunfar á los constitucionalistas y de ponerlos en posesion de la capital; terminaba recomendando la expedicion de una ley que estableciese cantones militares á lo largo de la frontera mexicana para evitar las invasiones de los indios y de los revolucionarios, y no hacía la más insignificante alusion al tratado Mac Lane que ese mismo día se firmaba en Veracruz.

Lo raro en ese mensaje era que decía que estaba en estado de guerra con México por las vejaciones que sufrían aquí los norteamericanos, sin decir si ya había reclamado al gobierno por esas vejaciones, porque si hubiera dicho las palabras "Gobierno de México," cualquier Senador le habría preguntado que cuál, el de Juárez ó el de Miramon; porque al primero no se habían presentado esas reclamaciones y el segundo no era reconocido por Buchanan.

El silencio que guardó acerca del tratado obedecía á dos móviles: el primero á que en realidad Buchanan no estaba seguro, á pesar de sus amenazas, de que se firmase el tratado de Veracruz, y por lo tanto temía hacer alusion á él cuando se corría el peligro de que Juárez lo desechara; y el segundo, á que siendo la mayoría del Senado republicana y hostil al Presidente, la menor referencia al tratado podía ser mal recibida y ser obstáculo para que la ley que recomendaba para

disponer del ejército y armada fuese desechada, en tanto que hablando sólo de vejaciones de ciudadanos yankees podía herir la fibra del patriotismo de los senadores y hacer que de una manera oblicua, éstos secundasen las miras de Buchanan que no eran otras que intervenir en los asuntos de México y dar el triunfo á los liberales con la ocupacion de la ciudad de México.

Pero el Senado, que sobre ser enemigo de Buchanan no se dejaba engañar tan fácilmente, no tomó desde luego en cuenta la ley y empezó á dar largas al asunto hasta tanto que llegase á su Secretaría el protocolo del tratado de Veracruz y ni siquiera votó la ley sobre cantones militares en la frontera.

Entre tanto, Veracruz atraía sobre sí todas las miradas por los sucesos que dentro de sus muros se desarrollaban y que en poco estuvieron para provocar una escision entre los mismos liberales y dar márgen á una contrarrevolucion que hubiera entregado la plaza y los principales jefes que había á los conservadores.

Degollado, Juan José Baz, Balbontín, Irizar, Prieto, Doblado y otros notables del partido fueron llegando á la plaza, en la que se llegaron á reunir veinte generales (1) y gran número de je-

(1) He aquí la lista de ellos, según se dió á conocer en esos días: De División Don Pedro Ampudia, Don José María Jarrero y Don Santos Degollado.

De Brigada: Ramon Iglesias, Francisco Paz, Demetrio Chavero, Rafael Junquito, Francisco Iniestra, Antonio Osorio, Francisco Ortiz de Zárate, José Gil Partearroyo, José Juan Landero, Vicente Rosas, José María Mora, Ma-

fes y oficiales, muchos de los cuales no estaban por el tratado y que acudían á ver el aspecto que tomaban los sucesos: temeroso Juárez de un motín al ver que la opinion pública en el mismo puerto se le mostraba adversa y de que tantos militares pudieran tramar una sedicion, procuró despedirlos lo más pronto posible y entre tanto llenó las cárceles de Veracruz y los calabozos de Ulúa á presos políticos, enviando á algunos de ellos á Yucatán. No ha llegado á nuestras manos la lista de esos presos y desterrados no obstante haberla procurado con diligencia y por esta causa no la damos aquí.

La discordia que reinaba en el Ministerio, al fin estalló: Juárez y Ocampo, que por tanto tiempo se habían negado á aceptar el tratado y que al fin tuvieron que cargar con toda la responsabilidad de él, no veían con buenos ojos á Don Miguel Lerdo que así lo había impuesto y que no ocultaba sus aspiraciones á la silla presidencial, buscaban una ocasion para deshacerse de él y creyeron haberla encontrado con motivo de unas cartas que Lerdo escribió á Degollado y que éste perdió cuando fué derrotado en la Estancia de las Vacas.

En ellas el primero se expresaba en términos nada favorables para Ocampo y como fuesen publicadas por la prensa, el Ministro de Relaciones creyó oportuno interpellar á Lerdo sobre esas cartas en un consejo; mediaron palabras ágrias en-

—
nuel Doblado, Juan B. Traconis, Ignacio de la Llave, Juan de D. Arzamendi, Joaquín Rodel y Mariano Cenobio.

tre ámbos y aun se llegó á decir que Lerdo retó á Ocampo para un lance personal: el resultado fué que ámbos ministros renunciaron sus carteras, poniendo con esto á Juárez en grande aprieto.

En efecto, si aceptaba las renunciaciones de ámbos además de que se privaba de dos auxiliares, disgustaba profundamente á las fracciones en que estaban divididos los liberales y daba motivo á que Lerdo ya no disimulase mucho sus aspiraciones; si aceptaba sólo la de éste, se enemistaba con los partidarios que tenía y que eran tan poderosos que podían arrojar á Juárez del poder y poner á Lerdo á título de que éste era el vicepresidente constitucional, por ser el Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Juárez, siempre débil y temeroso de perder su silla, optó por el peor partido, cual fué el de admitir la renuncia de Ocampo, cuando debió haberlo sostenido, y conservar á Lerdo, nombrando para la cartera de Relaciones á Don Santos Degollado, que por el momento ya no quería formar más ejércitos para conducirlos á la derrota. Con este nombramiento, el Gobierno de Juárez quedó compuesto en su mayoría de liberales exaltados y partidarios de la intervención yankee.

Ocampo por su parte, hizo bien en retirarse, lo malo fué que lo hiciese tan tarde: él que, así como Juárez, se opuso desde un principio á las concesiones que querían los yankees y que de mala voluntad suscribió ese documento, hubiera debido abandonar el Ministerio desde que vió que esa

convención era irremediable, dada la actitud resuelta de Lerdo y de los suyos; renunciando la cartera era consecuente con su conciencia, ó por lo ménos, si no la tenía mucho en cuenta, con sus opiniones y con su partido y evitaba á su nombre el escarnio y aún salvaba su vida. (1) Pero conservando esa cartera quedó mal con todos y ni aun logró consolidar su posición, pues Juárez lo sacrificó á poco en aras de su refinado egoísmo y sin tener en cuenta que sólo por servirlo, Ocampo consintió en cubrirse de ignominia, aunque por otra parte, éste no lo creyese así.

El sucesor de Ocampo, Degollado, no tardó en verse olvidado á su turno y aun depuesto de todos sus cargos y honores, sólo porque en un momento de lucidez notó los males que la revolución causaba á México.

XXIX

La prensa no tardó en ocuparse del tratado comentándolo de todas maneras; no citaremos ni un solo párrafo de los artículos que publicó la prensa nacional, porque pudiera decirse que estaba preocupada con la cuestión; no obstante, aunque sea una mención debe hacerse de los que publicó el DIARIO OFICIAL del Gobierno de México, LA SOCIEDAD, el DIARIO DE AVISOS, y los artículos del dis-

(1) Mas adelante veremos que una de las causas que, se dijo, originaron el fusilamiento de Ocampo, fué el haber firmado el tratado de Veracruz.

tinguido escritor Don Joaquin Arróniz que vieron la luz en EL ORIZABEÑO de aquella población y que en seguida fueron coleccionados. Citaremos uno que otro testimonio de la prensa extranjera, ya que estamos en la imposibilidad de dar la totalidad de ellos.

THE TIMES de Lóndres se expresaba de esta manera:

"Las noticias de México llegadas hoy de Nueva York son de extraordinaria importancia para los tenedores de bonos, puesto que si el tratado que se supone arreglado en Veracruz entre Juárez y el enviado de los Estados Unidos llega á ratificarse definitivamente, México, desde ese momento, pasará virtualmente al dominio norteamericano. Toda la parte septentrional del país será abierta á los colonos, quienes no sólo tendrán el privilegio de introducir efectos libremente, sino que podrán llamar en auxilio propio á las tropas de los Estados Unidos, en cualesquiera dificultades que les sobrevengan de parte de la población nativa. Las vías de tránsito cedidas respectivamente desde los límites occidentales de Texas, hasta el Golfo de California y de Océano á Océano, por el istmo de Tehuantepec, así como las diversas vías de tránsito entre Centro América, estarán exclusivamente bajo la inspección de los norteamericanos, en todo aquello á que no se opongan las estipulaciones del tratado Clayton-Bulwer. Con tales concesiones la absorción de la República Mexicana puede ser llevada á cabo poco á po"

co y sin provocar la bárbara, aunque inútil, resistencia que traerían consigo más directos procedimientos."

THE DAILY PICAYUNE, periódico de Nueva Orleans que se ocupaba bastante de los asuntos de México y que era partidario del tratado Mac Lane, decía en su número de 21 de Diciembre de 1859: "Esta suma (la de cuatro millones que según el tratado debían entregar los Estados Unidos,) es ciertamente muy pequeña (*very little*) para pagar concesiones tan extensas y tan valiosas. Por sólo el derecho de tránsito al través del istmo de Tehuantepec, la administración Polk, hace cosa de doce años, autorizó una oferta de quince millones de duros. Compramos el valle de la Mesilla hace pocos años y dimos más millones de los que ahora se nos piden, para asegurar una vía de tránsito dentro de nuestro mismo territorio y venir á hallar que la mejor vía aún permanece en el territorio de México. Tenemos ahora el derecho de tránsito por Tehuantepec, y un dominio tan completo sobre otras dos vías, como pudiéramos tenerlo si hubiésemos comprado el territorio.

"Verdaderamente no sabríamos decir si en la actualidad no es mejor para nosotros tener el derecho de tránsito con facultades ilimitadas de protección, que haber obtenido una cesión de territorio. No hay necesidad de apresurarse respecto de adquirir territorio en aquellas regiones, y es de creerse que *nos haremos de él tan luego* como nos sea útil y necesario.

"Las líneas norteamericanas de tránsito, sostenidas contra todo linaje de violencias domésticas por medio de las armas de los Estados Unidos, *serán allí poderosos agentes del desarrollo norteamericano* y constituirán una sólida garantía de que en las futuras convulsiones de México, ningún cambio de sistema ó de administracion, ora doméstico, ora efecto de una intervencion extranjera, disminuirá derechos adquiridos ó afectará las nuevas facilidades que obtenemos para conservar dichas líneas contra México y contra cuantos pudieran buscar un pretexto para disputárnoslas.

«El tratado de Veracruz producirá el doble efecto de fortalecer en México al Gobierno liberal y de abrir una nueva era en las relaciones de entrambos países; no puede negarse, sin embargo, que las concesiones hechas á los Estados Unidos por la administracion de Juárez son extremadamente liberales y es indudable que hallarán vigorosísima oposicion de parte de los reaccionarios; es preciso, por lo tanto, presentarlas al pueblo mexicano bajo el aspecto de que las simpatías y la buena voluntad de los Estados Unidos son de inapreciable valor para aquel país, y que dicho pueblo debe confiar en la lealtad y buena fé de los Estados Unidos, respecto del uso que harían de las facultades otorgadas; por último, los norteamericanos deben abstenerse de abusar de dichas concesiones, evitar todo motivo de disgustos y premiar la liberalidad de los progresistas de México auxiliándolos activa y eficazmente en su empresa.»

Por más patético y conmovedor que fuese el final del artículo y contuviese sanas máximas de fraternidad internacional y consejos en favor de los *progresistas* de México, se advierte en todo él cierto despecho por el contratiempo de que no se hubiese adquirido el territorio septentrional de la República para establecer ya en territorio definitivamente de los Estados Unidos "la mejor vía" que éstos necesitaban para llegar al Océano Pacífico. Procuraba, no obstante, el PICAYUNE consolarse, recordando que el Presidente Polk poco ántes de la guerra de México ofrecía á nuestro gobierno quince millones de pesos por sólo el derecho de tránsito á través de Tehuantepec y que el valle de la Mesilla les había costado más caro que todos los derechos que les concedía el tratado.

Y aquí es donde se ve en toda su magnitud la aberracion de los liberales en firmarlo: es cierto que existía la amenaza de Buchanan de tomar por la fuerza lo que se negaba de grado, segun afirma Rivera Cambas (1) citado en un capítulo anterior; pero no obstante ella, bien pudieran haberse negado sin temer grandes consecuencias, mas ellos eran los primeros en desear la celebracion de él, con objeto de obtener una cantidad cualquiera para continuar la guerra contra los conservadores. El precio del territorio nacional no se debe regatear nunca, porque no se debe vender jamás, mas ya que los liberales habían entrado en

[1] *Los gobernantes de México*. Tomo II. Pág. 567.

tratos para la venta de él, las reflexiones del PICA-YUNE demuestran hasta qué punto era oneroso el tratado Mac Lane y la mayor suma que aquellos hubieran podido obtener de los Estados Unidos; así como da á conocer el asombro que en aquel mismo país causó la noticia de las concesiones que hacía Juárez.

En cuanto al TIMES de Lóndres, su opinion imparcial era una verdadera profecía que auguraba la desaparicion próxima de México como nacion independiente, á causa de su absorcion paulatina por los Estados Unidos y por medios pacíficos «sin provocar la bárbara, aunque inútil resistencia, que traerían consigo más directos procedimientos.» Por fortuna para México esa profecía no se realizó, á lo ménos por entónces, y el tratado fué rechazado de la manera que veremos en el capítulo siguiente.

Uno de los resultados que dió ese pacto, fué que las hostilidades entre los partidos contendientes que había en el país continuaran y revistieran á veces el carácter de crueldad: Carbajal, guerrillero liberal que expedicionaba por el camino de Puebla, despues de haberse apoderado del acaudalado español Don Eusebio Rubio, derrotó una pequeña fuerza del general Miñon y fusiló á los oficiales prisioneros despues de haberse ensañado con ellos, y principalmente con el coronel Daza Argüelles, á quien hizo sacar los ojos, echarle pólvora en las concavidades de ellos é inflamarla y le atormentó de otras maneras que

l pluma se resiste á describir, hasta que el infeliz coronel espiró en medio de atroces sufrimientos.

González Ortega por su parte, derrotó en la villa de Nombre de Dios (Durango) á Pasillos y fusiló á los treinta y tres prisioneros que hizo, y mandó colgar los cadáveres en diversos caminos. Aquel jefe liberal apenas entró á Durango, mandó extraer la plata labrada y alhajas de la catedral, y como creyese que había habido alguna ocultacion redujo á prision al canónigo Gallegos, hizo catear nuevamente la Catedral, obligó á redimir muchos capitales de obras pías, impuso á la poblacion un fuerte préstamo y al fin consiguió hacerse de más de trescientos mil duros, con lo que pudo organizar su ejército que á cada momento promovía motines en uno de los cuales pereció el gobernador del Estado y liberal tambien Don Miguel Cruz Aedo.

El guerrillero Rojas que dejó una memoria bastante triste de sus *hazañas* y que estuvo á pique de ser fusilado por Degollado á causa del asesinato del general Blancarte, atacó la villa de San Juan de Teules y consiguió apoderarse de ella despues de un combate encarnizado. Rojas despues de cometer los más execrables excesos con los inermes habitantes de la poblacion, coronó su infame obra con una hecatombe, pues mandó fusilar á los ciento sesenta prisioneros que habían caído en su poder.

Por el rumbo del Sur la fortuna ayudaba á los
Estudios históricos.—39.

conservadores: en Cutzamala fueron derrotados por el coronel Montaña y el teniente coronel Abascal los constitucionalistas que mandaba D. Luis Mejía; aunque quedaron prisioneros noventa y tantos hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales, los vencedores no mancharon su triunfo con el asesinato de los prisioneros. En San Gaspar el General Vicario derrotó al liberal Fandiño haciéndolo prisionero en unión de algunos oficiales.

Al terminar el año de 1859 el gobierno de Miramon era dueño de la mayor parte del interior del país con excepción de Morelia; en las costas del Golfo los liberales poseían á Veracruz y Tampico y en la frontera aparte de Sonora y Chihuahua, donde mandaban Pesqueira y Ojinaga que no caminaban muy de acuerdo con Don Benito Juárez por el tratado Mac Lane; Vidaurri guardaba una actitud de expectativa y neutralidad en Nuevo Leon, y aunque no se atrevía á romper abiertamente con Juárez, procuraba aniquilar los últimos restos de las tropas de Aramberri y tenía listas sus fuerzas que formaban el "Ejército del Norte" para estar listo para cualquiera emergencia que pudiera ocurrir por el lado de los Estados Unidos, donde se iban acumulando tropas con pretexto de las correrías de D. Juan N. Cortina.

Alatríste, gobernador de Puebla, desconoció á Juárez y situó su Gobierno en Zacapoaxtla, si bien á los pocos días fué destituido y obligado á huir por las tropas de Carbajal.

Las escuadras extranjeras permanecían frente á Veracruz dispuestas á tomar parte en la contienda si los desafueros que se cometían con sus nacionales llegaban al extremo y la idea de una intervención europea en México, idea que hacia tiempo existía en los gabinetes de las grandes naciones de Europa, iba extendiéndose más cada día en vista de la preponderancia que adquirían los Estados Unidos y de las intenciones ya nada ocultas que tenían respecto de México.

El gobierno conservador iba á tentar el último esfuerzo para anonadar á los liberales, ocupando á Veracruz y consiguiendo á duras penas el dinero necesario; en tanto que organizaba las fuerzas que debían atacar por tierra á la plaza, enviaba á la Habana al contra-almirante D. Tomás Marin para que se hiciese de dos buques á fin de estrechar el sitio por el lado del mar.

Tal era la situación de México en los primeros días del año de 1860, cuando el secretario de Mac Lane entregaba en Washington el tratado concluido con Ocampo y el Senado norteamericano se ocupaba de discutirlo.

XXX

Abiertas las Cámaras de la Union Norteamericana el primer lunes de Diciembre (día 5) de 1859 para dar principio á las tareas legislativas del XXXVII Congreso, desde luego se reflejó en los miembros que las componían, los encontrados sentimientos que agitaban á esla Nación entera y